

«Como alguien que está en duelo por la muerte de mi esposa, me conmovió profundamente la sabiduría, la compasión y la humildad de Ed Welch al explorar formas impactantes de amar a quienes están en mi misma situación. Si buscas maneras sensibles y prácticas de caminar con cualquiera que esté de luto por la muerte de un ser querido, este es el libro que debes leer».

Ron Lutz, pastor emérito, New Life Presbyterian Church,
Dresher, PA

«Este libro, centrado en Cristo, es un cofre de tesoros lleno de sabiduría bíblica y orientación práctica para convertirse en un canal de compasión. Al leerlo, sentí el deseo de parecerme más a Jesús. Espero con entusiasmo ver cómo el Espíritu Santo lo utiliza para ayudar a personas e iglesias a crecer en humildad y gracia».

Paul Tautges, pastor principal, Cornerstone Community
Church, Mayfield Heights, OH; autor de *Un pequeño libro
para un corazón dolido*.

«Habiendo sido pastor durante muchas décadas, he presenciado personalmente la falta de sensibilidad en las palabras de personas que creen estar consolando a alguien que ha perdido a un ser querido, pero que en realidad están logrando el efecto contrario. El libro práctico de Welch es exactamente lo que necesitamos mientras buscamos las palabras (y acciones) correctas para consolar verdaderamente a otros en su momento de necesidad. Me fueron de gran ayuda sus sugerencias de palabras que debemos evitar».

Timothy Witmer, autor de *The Shepherd Leader*;
profesor emérito de Teología Práctica, Westminster
Theological Seminary.

«Este libro es un tesoro y hace mucho más que enseñarte cómo responder con humildad y compasión. Ed revela cómo llegar a ser el tipo de persona que quienes sufren anhelan —y necesitan— tener cerca».

Sam Hodges IV, presidente, GriefShare

«Este libro está bellamente centrado en Cristo, impulsado por el evangelio y es profundamente práctico. Responde de forma maravillosa y útil a la pregunta esencial: ¿cómo podemos ayudar a nuestros amigos y familiares en medio de su sufrimiento?»

John C. Kwasny, director ejecutivo de ministerios, Iglesia Presbiteriana Pear Orchard (PCA); autor de varios libros, entre ellos *Suffering in 3-D: Connecting the Church to Disease, Disability, and Disorder*

«A medida que comencé a leer este pequeño gran libro, me estremecí al recordar palabras inútiles o inoportunas que he oído decir a otros. Pero a medida que continuaba leyendo, mi decepción con los demás se transformó en una convicción sobre mis propias deficiencias. Ed Welch me introdujo humilde y gentilmente en las vidas de los que están en duelo y me mostró tanto las formas en que me ha faltado compasión como el camino a seguir en amor. Soy más sabio y experimentado por haberlo leído, y estoy ansioso por ponerlo en manos de toda nuestra familia de la iglesia».

Scott Mehl, pastor, Cornerstone Church of West Los Angeles

«Es demasiado fácil malinterpretar o tratar mal a las personas en duelo. En este recurso revelador, Ed Welch nos ayuda a considerar cómo convertirnos en humildes canales del consuelo de Dios en lugar de consejeros apresurados que pronuncian palabras hirientes. Si quieres crecer en tu capacidad de hablar *con* — no *a*— alguien que está sufriendo un duelo, este libro es para ti».

Christine Chappell, autora de *Midnight Mercies*;
presentadora, Hope + Help Podcast, Institute for Biblical
Counseling & Discipleship

ACOMPañANDO
CON COMPASIÓN

ACOMPañANDO CON COMPASIÓN

CUANDO ALGUIEN
CERCANO SUFRE
UNA PÉRDIDA

EDWARD T. WELCH

EDITORIAL
EBI

Acompañando con compasión Publicado originalmente en inglés bajo el título ***Someone I know is Grieving***

Copyright © 2023 por Edward T. Welch
Published by New Growth Press, USA. All rights reserved.

Spanish translation edition Copyright © 2025 Editorial Bautista Independiente (EBI), United States. All rights reserved. This Spanish edition published in arrangement with New Growth Press through Riggins Rights Management.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso. www.NuevaBiblia.com

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

Edición traducida al español © 2025 por Editorial Bautista Independiente, Estados Unidos. Todos los derechos reservados.

© 2026
EB-593
ISBN 978-1-964427-55-3

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870
www.ebi-bmm.org
(863) 382-6350

Impreso en Colombia

*A PAUL TAUTGES,
un pastor humilde y compasivo.*

ÍNDICE

Capítulo 1: Respondiendo con sabiduría al sufrimiento	13
Capítulo 2: Escucha más de Cristo, nuestra sabiduría	27
Capítulo 3: Un cuidado moldeado por la compasión.	39
Capítulo 4: Un cuidado moldeado por la humildad.	51
Recursos.	71
Notas al final	73

CAPÍTULO 1

RESPONDIENDO CON SABIDURÍA AL SUFRIMIENTO

*Mi tristeza no tiene remedio,
mi corazón desfallece en mí (Jer. 8:18).*

¿Alguna vez te has sincerado sobre tus propios problemas y luego te has sentido aún más herido por la respuesta de alguien?

Hazle esa pregunta a cualquiera; todavía recuerdan esas palabras.

«Le confíe a mi madre mi tristeza por no poder tener más hijos. Ella dijo: «Por lo menos tienes uno».

«Estoy en un grupo pequeño en mi iglesia, y los hombres nos reunimos una vez al mes. Hace unos meses mencioné que esta ha sido la temporada más difícil de mi vida... y nadie ha dicho una palabra».

«Mi hijo de diez años estaba jugando al fútbol en el recreo con algunos de los chicos mayores cuando uno de ellos comenzó a insultar a mi hijo y luego le puso una zancadilla mientras jugaban. Mi hijo se quedó llorando tanto por la humillación como por la caída. Cuando se lo mencioné a una vecina, me habló de que así es como los niños se curten».

Una adolescente dijo: «Ya no hablo de cosas difíciles con mis amigas porque o se lo cuentan a otras personas o hablan de *sus* cosas difíciles».

Todos tenemos historias similares y muy probablemente hemos contribuido a ellas.

Sin embargo, también hay otras historias que podríamos contar. ¿Alguna vez te has sincerado sobre tu propio dolor y alguien dijo justo lo correcto?

«Esto es horrible. Lo siento mucho».

«Lo siento mucho. Realmente amabas a tu padre. ¿Podrías contarme más sobre él?».

«Eso es abrumador. Por favor, dime qué pasó».

[Después de recibir un mensaje de texto] «Voy en camino».

Al mirar hacia atrás, entiendes que estos fueron regalos de Dios mismo, ya que Su pueblo actuaba en Su nombre.

Las palabras útiles nos unen. Los amigos comparten sus corazones con otros y también escuchan los corazones de los demás. Conocer y ser conocido: esa es una característica esencial de nuestra humanidad.

Las palabras inútiles nos distancian unos de otros. En respuesta, guardamos nuestra miseria para nosotros mismos en lugar de permitir que una comunidad la soporte con nosotros. Aprendimos una lección: guarda tus penas para ti mismo.

TENEMOS UN PROBLEMA

Pongámonos de acuerdo en que tenemos un problema. En el mejor de los casos, nos gustaría pasar por la vida sin herir a otras personas. Especialmente no queremos herir a los que ya están heridos. Pero lo hacemos. Aunque tengamos las mejores intenciones, todos hemos dicho palabras inútiles o hirientes a personas que sufren o, quizás peor aún, no hemos dicho nada en absoluto. Cuando las personas en duelo más necesitan pala-

bras de aliento, podemos ser de lo más ineptos. El sufrimiento es aislante en sí mismo; las palabras insensibles lo intensifican, aun cuando sabemos que el Espíritu nos ha sido dado para unirnos. Todo esto opaca nuestra manifestación del «Dios de toda consolación» (2 Co. 1:3). Teniendo esto en mente, nuestro proyecto trata sobre la sabiduría. La sabiduría se trata de habilidades para la vida dadas por Dios. Entre esas habilidades están las palabras que ayudan a los que sufren, y esas palabras pueden incluso ser hermosas para quien las recibe.

«Como manzanas de oro en engastes de plata

Es la palabra dicha a su tiempo» (Pr. 25:11).

El objetivo de lo que sigue es simple: cuidar muy bien de aquellos que sufren; llevar vida a los que están dolidos. A medida que crezcamos en este objetivo, el cuerpo de Cristo será atraído tanto hacia Jesús como hacia los demás.

Imagina una comunidad eclesial en la que compartes tu corazón con alguien y sus palabras o acciones te traen consuelo.

Imagina estar en un grupo pequeño. Llevas el peso del aniversario de la muerte de un ser querido, pero decides no decir nada al respecto porque no quieres quejarte ni llamar la atención. Entonces alguien nota que no estás del todo bien. Pronto, estás derramando tu corazón, y la persona llora contigo.

Imagina una comunidad eclesial en la que eres abierto con tus luchas y la gente ora por ti. Una semana después te buscan, te hacen saber que todavía están orando por ti, te dicen qué Escritura están orando específicamente y te preguntan si hay alguna otra forma en que deberían orar.

El objetivo es simple; las consecuencias en una comunidad son profundas. Si tú y algunos otros son inspirados a crecer en la forma en que cuidan a los que sufren (y todos vivimos con muchos problemas), aquellos a quienes cuidas transmitirán ese cuidado a otros, y tu comunidad llegará a un punto

de inflexión donde el amor es más obvio, las personas se unen y el nombre de Jesús es honrado.

Y la comunidad en la que influyes puede extenderse más allá de la iglesia. La mayoría de los que hemos puesto nuestra fe en Jesús queremos representarlo bien ante el mundo que nos rodea, y la mayoría de nosotros creemos que nos quedamos muy cortos en hacerlo. Pensamos en lo que podríamos haber dicho sobre Cristo después de una conversación. Tenemos relaciones en las que somos tímidos para hablar de Jesús. Ahora considera a las personas con las que hablas durante la semana cuyas vidas son especialmente difíciles. Un amigo, un compañero de trabajo, un vecino o el personal de una tienda o restaurante. Si conoces una carga particular en sus vidas, ya te han dejado entrar en sus corazones.

Ahora la compasión puede abrir el camino. Puedes decir algo sobre esas dificultades.

«He estado pensando en ti. Lo siento mucho».

«Mi esposo y yo creemos que Dios escucha y que está lleno de compasión, así que hemos estado orando por ti».

La compasión es muy demandada a nuestro alrededor, y la mayoría de la gente recibe muy poca. Cuando se da, une a las personas y nos pone en un camino que conduce a Jesús.

TU RESPUESTA A TU PROPIO SUFRIMIENTO

Piensa en el trabajo que tenemos por delante como un proyecto grupal —como un artículo de Wikipedia— en el que todos aprendemos y todos contribuimos. Cada uno llega a esta tarea con algo de experiencia. Ya tenemos una idea de las palabras que nos han sido útiles. Traigamos esa experiencia y construyamos sobre ella. A lo largo de este libro hay preguntas con viñetas en cursiva para la discusión y la reflexión. Tómate el tiempo para trabajarlas por tu cuenta y con otros.

Por ahora, comienza por considerar cómo respondes a *tus propios* problemas y a tu duelo. La forma en que respondes moldeará la forma en que ayudas a los demás. Diferentes personalidades responden al sufrimiento de diferentes maneras; Dios no prescribe una fórmula que debamos seguir. Pero una cosa está clara: en el reino de Dios —es decir, en Su casa— Él nos invita a hablar con Él y con los demás.

Así es como los seres humanos deben vivir. El sufrimiento no es algo que debamos guardarnos para nosotros mismos.

¿Hablas con otras personas sobre tu propio duelo?

A medida que cuidas bien de aquellos a quienes amas, los invitas a abrir sus corazones. Es difícil cuidar cuando la otra persona no se da a conocer. Ahora, aplica este principio a ti mismo. ¿Estás dispuesto a hablar abiertamente cuando tu vida es difícil? ¿Pides ayuda? Como regla general, pedimos a otros que hagan lo que ya hemos hecho. Sería extraño que valoraras la franqueza en otras personas, pero no la hubieras practicado tú mismo. En poco tiempo, sonarías más como un maestro que como un amigo, y todos sabemos que ese rol no es ideal, especialmente en nuestros intentos iniciales de cuidar a la gente. Aquí, de nuevo, descubrimos que la vida en el reino de Dios es diferente de lo que podríamos esperar: no es tanto el experto quien es más útil para los demás, sino que es a la gente necesitada a quien Dios usa. Y ser necesitado, por supuesto, no es fácil.

Preferimos proyectar competencia en lugar de pedir ayuda. Los hombres son particularmente reacios en este punto. Podríamos admirar a otras personas que pueden ser abiertas con sus sufrimientos, pero nuestro orgullo nos deja en silencio. Cuando reconocemos nuestras propias dificultades, admitimos que somos débiles en nosotros mismos y, por supuesto,

no estamos dispuestos a declarar lo obvio. Aunque la debilidad es la esencia de la fe, podemos ser reacios a decir que la vida diaria supera nuestras propias capacidades. Con esto en mente, tanto nuestra compasión como nuestra humildad se volverán prominentes en lo que está por venir.

Hay otros obstáculos para nuestra apertura también. Quizás pensamos que la cultura de la casa de Dios no era muy diferente del mundo, en el que la gente vive en sus propios mundos con sus cargas silenciosas. Aunque los Salmos son prueba de Su entusiasmo para que le hablemos, todavía es difícil de creer. Para mí, personalmente, una de las cosas más difíciles de creer es que Dios realmente desea estar presente y cerca de Su pueblo y, desde ese lugar, se deleita en escucharnos y bendecirnos.

- *¿Te resulta difícil creer que Dios quiere que le hables abiertamente? ¿Cuáles son los obstáculos que te impiden ser abierto con Dios y con los demás?*

Incluso nuestro orgullo o falta de conocimiento no cuentan toda la historia. También podemos ser reservados porque otras personas no nos han invitado a hablar y no nos han mostrado interés cuando lo hemos hecho. Nuestro propio

pasado puede sumarse a nuestro silencio. Solo necesitamos un roce con el desdén de alguien por la debilidad.

«Bueno, la vida es dura».

«Deberías estar agradecido de que no fue peor».

O quizás compartimos nuestro dolor con alguien que simplemente cambió de tema. El desinterés de los demás ciertamente nos enseñará que la vida es más segura cuando nos guardamos los problemas para nosotros mismos.

Cuando estamos en silencio, parecemos tener el control y ser autosuficientes, pero la verdad es que no estamos realmente en control ni somos independientes, y verdaderamente necesitamos a Dios y la ayuda de los demás. Cualquier cosa diferente es ir contra la corriente de la condición humana y es insostenible. Tal estilo de vida tiene consecuencias. Por un lado, nos aislamos más, y *eso* intensifica nuestro sufrimiento.

- *¿Cómo han contribuido otras personas a tu silencio?*

- *¿Qué han dicho o no han dicho que fue duro o hiriente?*
- *¿Hubo alguna vez un momento en el que decidiste que no volverías a compartir tu corazón?*

¿Pones tu confianza en otras personas?

Ahora profundiza un paso más. La respuesta no es solo que nos volvemos más abiertos con los demás y pedimos su ayuda. Siempre buscamos un refugio cuando la vida supera nuestra capacidad de manejarla. Ese refugio podría ser el trabajo, las actividades, el entretenimiento, la pornografía, la comida o las drogas. O —y este es nuestro refugio favorito— podrían ser otras personas. Podemos estar seguros de que será algo.

¿Hablas abiertamente de tu sufrimiento a otras personas, pero no al Señor? Cuando tenemos buenos amigos y confidentes, naturalmente les hablamos de las dificultades persistentes de la vida. Eso es bueno y correcto, a menos que nuestra vulnerabilidad se detenga ahí. La Escritura nos advierte que nuestros corazones corren el riesgo de confiar en las personas en lugar de en el Señor (Jer. 17:5-7). Una de las formas en que podemos confiar en las personas es derramando nuestros corazones ante ellas, pero guardando silencio ante el Dios de poder y amor cuyos oídos están atentos a nuestro clamor (Sal. 34:15). Ni siquiera nuestros pecados pueden separarnos de Su amor. Si somos lentos para hablar desde nuestro corazón al Señor, estamos encontrando refugio en otro lugar.

- *¿Son otras personas tu refugio? Esto no significa que debas evitar hablar con ellas. Significa que tu objetivo es hablar más con Jesús.*

¿Le hablas al Señor cuando las dificultades te abruman?

Tus palabras podrían ser tan simples como: «Jesús, ayúdame».

Podrían ser las mismas palabras que le dices a un amigo: «Esta semana ha sido muy dura. Siento que la muerte misma está cerca. Siento que me estoy deshaciendo».

Podrían ser palabras prestadas de un salmo o un himno.

¿Le hablas a Él cuando los problemas te agobian? ¿Le hablas a Él primero o solo después de haber agotado la mayoría de las otras formas de ayuda y consuelo?

Sí, nuestro objetivo de querer cuidar bien de los demás se vuelve personal: se trata de ti ante el Señor. Esta, por supuesto, es la tradición en la casa de Dios. Antes de invitar a otros a hablar desde sus corazones, respondemos a Su súplica de «derramen su corazón delante de Él; Dios es nuestro refugio» (Sal. 62:8). Él es «nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Sal. 46:1). Comenzamos con nuestra propia necesidad. A medida que aprendemos de nuestra propia necesidad ante Dios y los demás, esta se convierte en la principal cualificación para ayudar a otros en necesidad.

- *Tómate un tiempo para hablar con el Señor sobre lo que ha sido difícil. Practica hacerlo ahora. La regla básica es esta: le hablas a Él sabiendo que es Aquel que formó el oído, porque Él oye.*

¿Cómo te han bendecido otras personas cuando tu vida ha sido difícil?

Incluso si somos lentos para hablar abiertamente sobre nuestros problemas, *hemos* hablado, en algún momento, con alguien. Naturalmente, queremos hablar con otros sobre las cosas maravillosas de la vida y las cosas dolorosas. Hemos confiado en otros y, a veces, salió bien. ¿Qué has aprendido de las personas que han animado tu propio corazón?

- *¿Quiénes son tus personas seguras y de confianza?*

- *¿Qué las convierte en custodias de confianza de tus problemas?*

- *¿Qué han dicho o hecho que ha sido bueno para tu alma?*

Nuestro proyecto de sabiduría ha comenzado, y podemos reunir al menos tres ideas. Primero, si vamos a ofrecer palabras sanadoras, debemos haber escuchado esas palabras de Cristo para nuestros propios corazones. Nuestro cuidado por los demás dependerá de que nos establezcamos en la casa de Dios y recibamos Su consuelo.

Segundo, entendemos por qué tantas personas han decidido guardarse sus problemas para sí mismas. Como nosotros, han sido heridas por comentarios necios. ¿Por qué volverían a sincerarse? Pero también sabemos esto: dado que fuimos diseñados para ser personas interdependientes y abiertas, ese diseño nos impulsará a violar cualquier voto de silencio y, una vez más, a compartir nuestros corazones con alguien que parezca interesarse. En otras palabras, *queremos* compartir nuestros problemas. Un rastro de compasión es suficiente para invitarlos a salir.

Tercero, ya tenemos experiencia en escuchar tanto palabras útiles como inútiles. Queremos que esas experiencias nos adviertan y nos guíen.

- *¿Cómo resumirías las ideas más importantes que tienes para ayudar a otros cuando están sufriendo?*